

puente, é este pasar sería á vado ó á nado, á lo uno ó á lo otro, que la historia non dice mas, ni cuenta cómo. E sabed que el río Eufrates es una de las aguas que Dios bendijo, é nasce del paraíso de que Dios sacó Adán por su desobediencia é su locura é la transgresion que hizo contra su mandado; é despues que fueron allende de la otra parte del río, descendieron del mulo al infante Barhadin, é pusieronlo en un prado verde, é començáronlo á llorar muy doloridamente el rey de Nubia é toda su gente con él. E Corvalan otrosi lloraba é daba voces, como hombre que estaba fuera de su sentido, lo uno porque le amaba de corazon, lo otro porque era hijo del Soldan, su señor; é torcia las manos, é mesaba los cabellos de su barba, con muy gran piedad é con gran amor que habia dél, trayendo muchas veces á la memoria la gracia é las buenas maneras é la bondad que habia en sí ese infante Barhadin, diciendo desta manera: «Señor, amigo de los amigos, apuesto é hermoso, é largo é franco en dar vuestras dones muy grandes. Señor, cumplido de todas gracias é entendido é conoedor de todo bien, é sabido en hacer honra á los altos é á los bajos, segun que merecia cada uno; Señor, mal fué empleada la vuestra mancebía, que ahína fué quebrantada é levada de entre nos, é robada como ensueños; Señor, ¿qué hará ó qué dirá la triste é la cativa de vuestra madre, que vos espera muy alegre, pensando que vos tornarédes con vuestro esfuerzo é con gran hecho acabado, é con honra é con venganza de los enemigos? E cuando la mezquina supiere estas nuevas, ella mesma se matará con sus manos; é el soldan de Persia, vuestro padre, que me vos encomendó tanto, cuando supiere la vuestra desventura, facer nos ha á todos destruir é poner á muerte muy deshonrada.» E entonces, con estas palabras tan doloridas, cayeron los que hi estaban, amortecidos sobre el cuerpo, tornados como muertos é desconhortados; é cuando Corvalan acordó, non pudo estar que non dijese: «Mahoma, poco vale todo tu poder, é bien es cativo é de mala ventura quien te ruega ni quien te adora, é bien es aviltado é deshonrado el dios que á los suyos desampara é non los acorre en tal hecho como este, é en tan gran cuita; mas el Dios de los reyes cristianos es de gran poder, ca él los guarda é los ampara muy bien.» E entonces dijieron los otros reyes: «Verdad es que la nuestra ley es perdida, ca todos nuestros dioses non valen nada ni son ellos nada, sino vanidad de la nuestra gente.» Así que, con la gran pérdida que habian habido en la muerte de aquel Barhadin, hijo del soldan de Persia, é con el duelo que hacian por él, en poco estuvieron que no descreyeron de su ley é desesperaron della, é que non dejaron á Mahoma é su creencia para siempre jamás; tanto habian grande pesar.

CAPITULO CCIX.

Cómo Corvalan levó el cuerpo de Barhadin á su padre el Soldan.

Despues que los tres reyes que estaban en la ribera del río Eufrates hobieron llorado mucho, diciendo de los grandes bienes que habia en Barhadin, é la gran pérdida que recibieran en la muerte dél, cargáronlo sobre un caballo, é cabalgaron ellos luego, armados de sus armas, ca los sus caballos habian ya pacido asaz é es-

taban ya folgados; é tomaron su camino para Sormazana, é andovieron tanto, haciendo sus jornadas, que ante de un mes pasaron la puente de la Plata, é allegaron á la muy noble cibdad de Sormazana, é fallaron hi al soldan de Persia, con muy gran poder de reyes que estaban con él, que se ayuntaron hi de muchas partes por honrar la fiesta de san Juan Baptista, á que ellos dicen Alhazara, que la hacen ellos muy rica, con gran devocion é humildad, fecha de corazon á Dios, ca los moros mucho se alegraban entonces con la fiesta de san Juan Baptista, é mucho la honraban. É entre tanto que honraban ellos aquella fiesta é facian sus alegrías entró Corvalan, é descabalgó so un pino que estaba hi, é descendió del caballo al infante Barhadin, é despues desarmóse; é allegáronse en derredor mas de veinte mil turcos por saber nuevas, é abrazáronle é leváronle ante el Soldan. Cuando le vió, preguntóle cómo tardara tanto, é si le traia á don Boymonte, é al duque Gudufre, é al duque de Normandía, é á Tomás de la Feria, é á don Yugo Lomaines, é á los otros ricos hombres con ellos, en buenas cadenas é en adobes de fierro. Respondió Corvalan, jurando por Mahoma, é díjole: «Par Dios, Señor, de otra manera nos acaesció; ca todos somos vencidos é desbaratados, é echados del campo muy quebrantados é muy deshonradamente; porque los ricos hombres de Francia é de las otras tierras de los cristianos se ayuntaron todos delante Antiocha, compañía muy grande, blanca é muy apuesta, é armados los cuerpos é los caballos muy bien, é pararon sus haces muy sábiamente é muy esforzados. E bien vos juro, soldan señor, por la ley de Mahoma, que si vos mesmo allí fuédes con todo vuestro poder, é demás que fuesen con vosco todos los que nacieron é son vivos, é los muertos que yacen so tierra fuesen resuscitados é estuviesen con vos, que los non podríades durar en ningún lugar. E desde que fuimos vencidos ficiéronnos fuir, é fueron en pos de nosotros en alcance tan fieramente, que nunca hobimos poder de tornar, é escapamos los que somos vivos con muy gran pena, é traemos aquí muerto á vuestro hijo Barhadin, de que yo he muy gran dolor en mi corazon.» Cuando el Soldan oyó que su hijo era muerto, por poco non salió de todo su sentido, é miró mucho á Corvalan en la cara é con la muy gran saña que tenia en el corazon, é arrojóle una lanzuela pequeña que tenia en su mano, é era muy aguda, de manera que, si non se escondiera Corvalan tras un pilar de mármol, hobiérale el Soldan dado tal golpe por el cuerpo, que lo hobiera echado en tierra luego; pero con todo esto, alcanzóle en el lado diestro, é la lanza pasóle de la otra parte, é firió en el otro pilar tan fiero golpe, que mas entró dél de un palmo é medio, é cayó entonces el Soldan amortecido, é fueron luego á él aprieta cuatro reyes, é tomáronlo luego por los brazos, é fueron todos así con él allá do yacia muerto el infante Barhadin, su hijo.

CAPITULO CCX.

Del llanto que facia el Soldan é su mujer é toda su gente por Barhadin, su hijo.

Cuando el Soldan llegó allí do su hijo yacia muerto, é lo vido, hizo muy gran llanto por él allí á maravilla, é

el rey de Damasco é muchos ricos hombres, é todos los otros que con ellos iban. Despues acordó el Soldan é fabló, é mandóles que lo oyesen, é díjoles así doloridamente: «Amigos é parientes é vasallos, ruegoveos que mireis de cómo he muy gran pesar de tal hecho como este; védes aquí mi hijo cómo yace muerto; desolvedle, veré si es herido de muerte, ca yo non creo que muerto sea ni vencido mi hijo Barhadin.» Entonces los que estaban derredor desvolviéronlo luego. E cuando lo vió el Soldan, cayó amortecido otra vez en tierra, é echaron las manos en él dos reyes é toviéronle. E el uno destos dos reyes era rey de la ribera del río Eufrates, natural de Din, é decíanle Solinis. E despues que el Soldan entró en su acuerdo, quejándose mucho, dijo así: «Ay, Alpolin, hijo del diablo descreido, qué mal me guardaste lo que te yo encomendé; jamás en mi vida non habrás corona de oro ni serás honrado! Agora pueden tener por verdad todos los dioses que parescida es é desfecha la figura de Enéos. Yo morré por Barhadin, mi hijo, ca non puede ser menos; mas maldicho sea de Mahoma el que así lo firió; que en mis dias nunca habré alegría, ante seré triste é desmayado é desamparado.» E estando el Soldan así llorando é mesando sus barbas é cabellos, é cayendo amortecido muchas veces sobre el cuerpo, llegó Eublátres, la reina madre de Barhadin, que era muy hermosa dueña, é començó á hacer tan gran llanto, que non lo podría hombre decir; é entonces llegaron los altos hombres que eran de allí, é las dueñas é las doncellas, é todos los otros que eran con el Soldan é con los reyes, é levantaron el llanto tan grande, que non se podrían oír los unos á los otros; ca todos lo amaban mucho, doliéndose dél por la gran mengua que les haría; que, segun cuenta esta hestoria, era hombre muy franco é liberal, é muy amado de extraños é de suyos, é él en sí de muy buenas gracias, é hermoso é apuesto, é muy buen caballero, probado en fecho de armas; é decian todos que nunca jamás habrian tal señor.

CAPITULO CCXI.

De cómo enterraron á Barhadin, é de las grandes ofrendas que dieron por su alma, é del sermon que facia un califa.

Ficieron este llanto por aquel infante Barhadin, así cómo habeis oido, é luego tomáronlo muy unguido con la uncion que dicen bálsamo, é es una de las especies de la mirra; é metiéronlo en una caja, como á manera de ataud, envuelto en un paño, é llámanle ellos en su lenguaje diaspre. E leváronle á una su mezquita honrada, que era en un lugar á que ellos llamaban Cervanga, é ficiéron aderezar muchos encensarios, é candeleros é cirios é lámparas, é dijieron por él sus oraciones, é hicieron sus oficios segun su ley de Mahoma, é dieron grandes ofrendas por su alma. E sobre esto, hicieron echar por las plazas mas de mil pesantes, que son grandes doblas de oro, de limosna. E todo esto facian ellos, pensando, segun la su vana ley de Mahoma, que Barhadin habria paraíso por ello; é en pos desto metiéronlo en un sepulcro asaz grande muy noblemente labrado, de oro é de plata é de piedras preciosas; é un alfaje (1), que dicen ellos por su

(1) El original diria probablemente *Alfaquí*, que en arábigo significa á un tiempo *jurisconsulto y teólogo*, pues *alfaje* es el peregrino.

clérigo, uno de los mayores, é es así como obispo de su ley, predicóles é díjoles desta manera: «Aquellos que teneis mujeres, trabajad de hacer muchos hijos para que venguen los muertos.» Ca él aquella razon non la queria tener secreto; porque ciertamente sabia que los que eran por nascer habian de vengar la pérdida que los nacidos recibieron de aquella gente maldita que querian falsar la su ley de Mahoma. E así que, el Soldan hobo gran pesar por la muerte de Baradin, su hijo, que no habia otro espejo en que se mirase, é mucho menoscabó de su poder por su hijo, que habia perdido. E estas razones decia aquel alfaje, obispo de los moros, por el Soldan, por conhortarle en aquesta tristeza é pesar é cuita en que estaba; é demás, porque no habia otro heredero que mantoviese el reino despues dél, dijo así: «Sin el Soldan, mi hijo Barhadin, ¿quién acabdillaria é manternia los mis reinos despues de la mi muerte? Corvalan de Oliferna vos mató por desheredar á mí; mas si non pudiere salvarse por juicio de mi corte, así como juzgaren mis reyes é mis ricos hombres, yo lo mandaré quemar, é desparcir los polvos de su cuerpo, quemado.» Entonces la reina Eublátres, madre de aquel infante Barhadin, hizo traer ante sí sus cativos, que eran muy lazrados, é tiraban á las carretas en que andaban sus dueñas é sus doncellas, é sus criadas é todos sus repuestos; é eran estos cativos por cuenta mñ é setecientos; é hizolos luego sacar de los fierros, é soltarlos de las cadenas é de las prisiones en que anduvieran hasta allí, por el alma de aquel su hijo Barhadin, é enviólos á Hierusalen en salvo, por amor de Dios, rogándole é orando que él le diese otro hijo, que reinase despues del Soldan, que mantoviese los reinos é la tierra.

CAPITULO CCXII.

De la razon que dijo el Soldan á los de su corte.

Estando entonces toda la corte ayuntada, hablóles el Soldan é díjoles: «Amigos é parientes é vasallos, non puedo estar que non vos diga la gran sospecha que tengo en mi corazon, é es esta: que Corvalan vendió é mató á mi hijo é á toda mi gente, é fizolo por haber toda la riqueza que levaban. E en fuerte punto vi la su privanza é su engaño, ca él era poderoso en todos mis reinos, é como de mis ricos hombres é de toda mi tierra é de mí; mas si él non pudiere salvarse desta deslealtad é crueza, yo lo faré morir mala muerte é muy aviltada, así como quien hace tan desmesurada traicion.» A esto respondióle el rey de Nubia al Soldan, é dijo así: «Júrovos yo, Señor, por Mahoma que ninguna razon teneis para quejaros de Corvalan; que tanto le vi en la batalla ferir de su lanza é de su espada é de las otras armas, é facerlo tan bien en todo, que non le quedó un palmo sano de su escudo, é vi derribar la su seña por fuerza, é murieron hi los turcos de Persia é los samaritanos, que son los de tierra de Samaria, é habeis perdido de vuestro imperio desde Antiocha hasta en Hierusalen; mas rogad á vuestro dios Mahoma é á las virtudes de Cervanga que en este año vos defienda de otro mayor daño, porque mucho son los cristianos hombres esforzados, é ármense mejor que otras gentes, é son sabidos todos en la batalla é muy esforzados, é las sus espadas é sus brazos é golpes son muy sin merced

contra sus enemigos, é demás han gran deseo de confundir la ley de Mahoma, é destruir á todos los que en ella creemos. E despues que soy en el campo no fuiré uno dellos por venir á él treinta de los nuestros, ante son mas porfiados así como veen mas contrarios al derredor, como vimos por nuestros ojos.»

CAPITULO CCXIII.

De cómo el Soldan denostaba al rey de Nubia por lo que habia dicho.

Despues que el Soldan oyó esto que dijo el rey de Nubia, hobo gran pesar, é con grande saña en que estaba, denostóle muy mal é maltrájole por ello, é díjole así: «Rey de Nubia, no vos está bien eso que decis, que un cristiano cuando está bien armado, que non fuiría por treinta turcos; pues si esto, así es, toda la tierra es suya de oriente hasta occidente; mas yo vos diré cómo Antioca fué perdida antes que le menguase la vianda. Un cristiano que era hí morador metió á los cristianos dentro en la villa de noche á hurto, é despues desto, enviáronme á pedir acorro, é yo ayunté luego sin tardanza el poder de toda mi tierra, que les envié luego en acorro, é díles por cabdillo á Corvalan, que era mi alguacil mayor é el mayor privado que yo tenia; é agora dice que toda mi gente es perdida, é Barhadin, mi hijo, descabezado é muerto, así como védes, é el rey Religion otrosí, que era príncipe é tan esforzado, que le mataron, por do toda la moreria es deshonrada é la cristiandad ensalzada, é puesta en gran estima aquella vil gente que nunca fué temida ni nombrada. E sobre tales razones como estas, digo yo que Corvalan vendió á mí é á mi gente; é si desto non se puede salvar, yo faré justicia dél, que á mí es dado de la hacer, é yo lo puedo mandar ahorcar ó quemar ó arrastrar, cualquier desto que yo quiera que él meresca, por juicio de mi corte.» Muy bien oyó toda la corte al Soldan la razon que dijo; mas al fin todos callaron, que ninguno no respondió, sino Burdan, un turco que era muy honrado é muy entendido, que se levantó é razonó como hombre sabido.

CAPITULO CCXIV.

De cómo pidió por merced Burdan por Corvalan que viniese ante él, é él se salvaria de aquello.

Aquel Burdan, varon esforzado é muy discreto, como oyó las razones que el Soldan dijo, paró mientes en ellas, é respondió muy sábiamente, como era muy bien razonado, é escuchóle muy bien toda la corte, é dijo así: «Señor, muy tarde se fallan justos los absentes; por ende, pídvos por merced queráis que venga Corvalan, vuestro sobrino, ante vos; que él se salvará como fuere derecho é fuere juzgado de vuestra corte, segun aquello que vos decis que es acusado.» Respondieron todos los de la corte é dijieron: «Señor, sea así como pide merced Burdan, é non se pierda de vuestra corte Corvalan, ca de vuestra sangre es, hasta que sea juzgado por derecho.» Otorgólo entonces el Soldan, é mandó que lo llamasen, é fué por él un turco, é él vino luego. E cuando lo vió el Soldan, mirólo en la cara muy de récio, é comenzó entonces así Corvalan é dijo: «Señor, yo solia ser por vos muy honrado é pre-

ciado sobre todos los de vuestra corte, é fecistesme vuestro alférez, é por vuestro mandado fuí á los reinos extraños é vencí muchas batallas, é maté é cativé muchos cristianos, é agora lidié con ellos cabo Antioca, é acaesció por mi ventura que fuí desbaratado yo, é muerto vuestro fijo Barhadin, por quien fecimos tan gran duelo, que mayor non podría ser; ca nós vino por su muerte tal daño, que jamás nunca será cobrado. E Señor, yo vos juro por Mahoma que tan grande, pesar he en el mi corazon por su muerte, que por poco non me muero por él; é pido la muerte é no me viene, que en punto estoy de matarme yo mismo por mis manos; é agora reptaisme vos de traicion sobre mi fatiga é trabajo pasado; pues, Señor, védes aquí mi cuerpo con buenos fiadores é con rehenes en tal manera, que yo lidie, ó de otro que lidie por mí, en tal que non sea de nuestra ley, antes sea cristiano, que uno solo se combatía con dos turcos los mas fuertes é los mejores de armas que hobiere en vuestro imperio; que yo no he culpa en aquello que vos me reptais.» E entonces esforzóse mucho mas á hablar, cuando vió los altos hombres á derredor de sí, ca por el gran miedo de la muerte que hobera por la azconeta que le arrojara el Soldan, con que le quisiera matar, fué muy espantado. E por eso dicen que se esforzó quando vió los ricos hombres á derredor de sí.

CAPITULO CCXV.

De cómo otorgó el Soldan á Corvalan que daria un cristiano que lidiase con dos turcos.

«Señor, dijo en pos desto Corvalan, yo fuí vuestro privado, é por vuestra privanza me metí tanto adelante, porque sufrí muchos trabajos que me venieron, é rescebí muchos golpes, de que me dais agora tal galardón, que si non fuese por la merced de Mahoma, que me guareció, hobiéradesme muerto con una azcona que alanzastes. Mas pídvos por merced que me asegureis el cuerpo é me deis plazo en que vaya al sepulcro de Hierusalén é torne, é busque allá algun cristiano, é vos faced buscar por toda vuestra corte dos turcos, los mejores que pudiédes haber, é lidiará con ellos aquel cristiano que yo trajiere; pero con tal condición, que nos guardéis justicia é derecho á mí é á él. E bien fio, por la merced de Mahoma é por la verdad que yo tengo de aquello que me reptádes, que de tal manera se habrá él con ellos, que dará á entender é á creer á vos é á todos los de la corte que yo guardé tan lealmente lo que era obligado, como cualquier buen vasallo á semejante señor debe guardar; é si non los matare ó venciere en campo, que toda mi tierra sea vuestra sin entredicho, é vos que fagais de mí aquella justicia que toviédes por bien.» E el Soldan entonces entendió muy bien lo que dijo Corvalan, é tornóse á él é dijo: «Corvalan, pues que tú te atreves é te obligas á eso, así como has dicho, da tus rehenes, é yo te lo otorgo que sea así, en tal manera, que si aquel que tú metieres en el campo venciere dos de los mis turcos, que se vaya en salvo é con la gracia de mi corte, é tú que seas perdonado de la mi saña; é doyte plazo de siete semanas para complirlo.» E dióle estonce Corvalan las rehenes. Allí se levantó entonces muy gran ruido por

el palacio, y dijieron todos á una voz: «Corvalan, loco eres, é mal baratas en meterte en tal pleito como te has metido.»

CAPITULO CCXVI.

De cómo demandó Corvalan al Soldan que le diese rehenes, porque él fuese mas seguro, é cómo gelos dió.

Aquel día fué puesto en la corte del soldan de Persia que un cristiano lidiase con dos moros; mas Corvalan era hombre entendido, é demandó al Soldan que le diese otrosí buenas rehenes, porque él fuese seguro que si el cristiano venciese, que non recibiese ningun mal ni fuese embargado en ninguna cosa, é que le hiciese el Soldan poner en salvo fuera de su regno, é á Corvalan que le perdonase todas las querellas que dél tenía, é que le tornase en su gracia. E el Soldan entonces con mesura é nobleza otorgólo así, é dióle las rehenes, é él recibiólas, é luego se despidió dél é de la corte, é cabalgó; é tanto anduvo por sus jornadas, hasta que llegó á Oliferna, donde era señor, é recibieronle muy bien é con gran alegría, é fué en aquel día Mahoma muy servido é muy honrado de todos los de Oliferna, porque les habia traído sano é con salud á Corvalan, su señor.

CAPITULO CCXVII.

De cómo la reina Halabra contó á su hijo lo que le acaesciera.

Corvalan, así como descabalgó del caballo, fué á entrar en los palacios de su madre la reina Halabra, é encontróse con ella á la entrada del palacio, é la madre amábale muy de corazon, como á su fijo, é fuéle abrazar é besar muchas veces. E ella sabia mucho de nigromancia, que es el arte de adivinar é por signos las cosas terrenales; é otrosí sabia mucho de astronomía, que es la sciencia de las estrellas, por do los sábios conocen, segun natura, todas las cosas del mundo cómo han de ser. E esta reina Halabra, madre de Corvalan, por esta sciencia que dejimos de la nigromancia é por la astronomía echara sus suertes, é viera todo lo que acaesciera á su hijo Corvalan, é díjole luego: «Hijo, bien sé yo dónde venis, é sé yo por mi arte que por poco non fuistes muerto en la corte del Soldan.» E dijo Corvalan: «Madre, verdad es, é ¿cómo lo sabeis vos?» Dijo la reina Halabra: «Fijo, bien sé yo que non estás tú con el soldan de Persia, tu señor, así como yo querria, ca él ha muy gran pesar por el daño que ha recibido é por la muerte del infante Barhadin, su hijo; é demás ha gran sospecha que vino esto por tí, é réptate ante toda su corte; é por te salvar desto que te reptó, quieres ir al sepulcro de Hierusalén á buscar un cristiano que lidie por tí con dos turcos en la corte del soldan de Persia; é tú tienes aquí muchos cristianos cativos, é si por aventura hobiere hi alguno dellos que te cumpliese, non te consejo que vayas á buscar otro.» —Madre, dijo Corvalan, decis muy bien, é consejaisme muy bien; Dios os dé vida é mucha salud.»

CAPITULO CCXVIII.

Cómo la reina Halabra fué al carcelero é le dijo que trajese todos los cativos ante su hijo.

Levantóse entonces en pié la Reina, que se facia ya de muchos dias; é era de tan grande cuerpo, que bien

habia del un ojo hasta el otro una gran mano traviesa, é demás era toda vellosa, é habia los cabellos blancos, é desde Oliferna hasta oriente no hallaban tan sábia mujer como ella; é tenia en las manos dos sortijas redondas, fechas como botones de oro; é con treinta caballeros que iban con ella fué para la cárcel, é mandó llamar al carcelero, que habia á esa hora acoceado á los cativos, é estaban llorando é plañiendo muy doloridamente, é decian: «Dios, Señor, ¿por qué vemos tanto?» E en esto vino el carcelero ante la Reina, é preguntóle qué habian aquellos cativos, que tanto lloraban é se quejaban. Dijo el carcelero: «Señora, yo los acoceé porque me hicieron gran pesar, é lo buscaron ellos contra vos; hoy, cuando labraban al postigo viejo el muro de la ribera del agua, mataron un pedrero con un martillo, porque los quejaba que labrasen.» Dijo la Reina: «Por el dios Cervanga, no me pena ni he lástima de su llorar, pues que así es.» Cervanga llama aquí la historia á un su templo que precian ellos mucho, é á un su Dios que adoran mucho en él, á que tienen ellos por muy santo é por muy poderoso. E despues desto, mandó la Reina al carcelero, diciéndole: «Toma los cativos é líéalos arriba al palacio á mi hijo, que quiere hablar con ellos.» Señora, dijo el carcelero, esto faré yo muy de grado.»

CAPITULO CCXIX.

De cómo dijo el carcelero á los cativos que enviaba Corvalan por ellos para los matar, porque le vencieran los cristianos.

El carcelero hizo como la reina Halabra le mandó, é tornóse luego á la cárcel, é dijo en el lenguaje francés: «Maldictos, hoy en este día tomarédes muerte; ca venido es de Antioca Corvalan, que levó el poder del Soldan, é son muertos todos los moros que fueron con él, é Barhadin, el fijo del Soldan, é el rey Religion, que nos amábamos mucho; é Corvalan vino fuyendo, é la Reina, su madre, mandóme de su parte que vos levase suso al palacio, ca se quiere vengar en vos de la muerte de Barhadin, hijo de su señor; é ponervos han por fito é por señal, é tirarvos han saetas con los arcos, é porque penédes mas, farán que vos tiren los mozos en sus juegos; é desque vos hobieren penado desta manera, echarvos han en una foguera grande.» Estonces dijo allí el conde Harpin, á quien habian muy mal azotado, que todo corria sangre de la cabeza fasta en los piés, é don Juan Dalis otrosí, é Ricarte de Baumonte, que era hombre de alto lugar é sangre: «Nos non queremos vivir mas; mas ante rogamos á Dios cada día que nos dé la muerte, é irémos á Corvalan muy de grado, é Dios haya merced de nuestras almas por su piadad, ca los nuestros cuerpos martirizados son en este mundo.» Entonces abrió el carcelero la cárcel, é los cativos salieron fuera; é los unos iban cantando *Kirieleyson*, é un obispo que habia entre ellos, é abades é otros clérigos iban rezando *Miserere mei, Deus*; é rogaban á nuestra Señora santa María é á todos los santos que rogasen á Dios por ellos que hobiere merced de las sus almas, ca bien pensaban ya ellos é tenían cierto que todos sus dias eran allí acabados, é levaban á las gargantas é á las piernas muy grandes cadenas de fierro, que los quebrantaban á todos; é tan grandes eran las

colleras que levaban á las gargantas, é los fierros á los piés, que non se podían mover; é los fierros de los piés levaban colgados de las cintas; é así, yendo en esta pena unos en pos de otros, entraron por el gran palacio do estaba Corvalan; mas ellos non daban ya nada por sí, como aquellos que pensaban recibir luego la muerte.

CAPITULO CCXX.

De cómo se quejaba Corvalan, creyendo que non podría haber un cristiano que lidiase por él con dos turcos.

Despues que los cativos fueron en aquel palacio, hicieronlos parar todos uno cerca de otro con sus cadenas, é ellos muy cuitados é lazrados, que tenían las espaldas abiertas de los azotes; é de los fierros é de las cadenas é de los collares que traían á las gargantas habían los cueros desollados é sufrían gran laceria. E como quier que eran caballeros de alto linaje é de buen seso é de buen recabdo, é dellos obispos é abades é otros clérigos que hí había, los cuales fueran desbaratados en la hueste de Pedro el Ermitaño, é cativados en el poyo de Cevicot, así como es dicho, é estaban muy pobres que non tenían camisas ni bragas ni calzas ni zapatos, é tenían los piés llagados de crietas; así que, cualquier hombre del mundo que los viese é los conociese de ante habría gran duelo é piedad. Cuando Corvalan los vió é los cató á las faces, comenzó de llorar é de mesar sus cabellos é su barba, llamándose muchas veces mal aventurado; é comenzó de decir que non sabia á cuál parte fuese á buscar un cristiano que lidiase con dos turcos contra el Soldan, su señor, que le reptara de traicion tan mortal, como es dicho; é esto hacia él, porque creia por cierto que en el mundo no había gente de tan gran poder, que le pudiese desbaratar tan gran gente como la suya, en que había tantos buenos hombres é tan altos é esforzados é probados en armas. E con la verdad que tenía Corvalan, é con la mucha razon é justicia que en este negocio pretendia, no pudo estar que non dijiese cosa que despues él mismo lo toviese por mal; é lo que dijo á su madre fué esto; que no quería tardar mas; mas quería ir á Antiocha á hablar con Boymonte é con el duque Gudufre é con el duque de Normandía, que eran muy preciados é muy buenos caballeros d'armas, é les pediría por merced que quisiese uno dellos venir á hacer esta batalla por él, é que faria este partido, que le juraria é le faria pleito é homenaje por sí é por otros, é les firmaria el pleito, así como ellos quisiesen; é demás que les daría buenas rehenes, que se tornaria cristiano por amor de aquel que quisiese hacer la lid, é tomaría á Hierusalen, é libraría el sepulcro del señorío de otra gente, al cual ellos querían ir. La Reina dijo allí: «Fijo, quieres meter á mí é á tí é á todo tu linaje en gran vergüenza. Ante me faz meter un cuchillo por el corazon que yerres solamente ni un dia contra tu señor, ni reniegues tu ley ni Mahoma por honrar su Dios.» Mas esto no lo decia la Reina de corazon, porque ya vistes cómo antes que Corvalan partiese á la batalla de Antiocha le dió á entender que era falsa la seta de Mahoma, é cómo en el sueño había visto abierto el cielo, é grandes secretos dentro de la Trinidad; é por aquello le estorbó la ida quanto pudo.

CAPITULO CCXXI.

De cómo dijo la Reina á Corvalan que ficiese soltar á los cativos, é los vistiese é hiciese curar bien dellos, que por aventura habría alguno dellos que tomase la lid por él.

Sobre esto dijo la Reina: «Hijo don Corvalan, por esto non deshonrédes á mí, ni descreádes en vuestra ley, ni vayáis á otra parte ni vos metáis en aventura; mas tomad estos cativos é facedlos soltar, é vestidlos muy bien, é dadlos de comer é de beber é todo lo que hobieren menester; é si por aventura hobiese alguno dellos que fiasse tanto en su Dios, que le ayudaria de manera que ficiese él la batalla, prometle é facedle ende seguro que le sacaréis de cativo á él é á todos sus compañeros, é les daréis buen galardón, é armas, é caballos, é oro é plata cuanta hobieren menester para despesa, é los faréis levar en salvo á Hierusalen.»

CAPITULO CCXXII.

De cómo mostró la Reina á su fijo á Ricarte de Caumont, é él dijo que le parecía que seria aquel bueno para hacer la batalla ante el Soldan.

Corvalan escuchó á la reina Halabra, su madre, é respondióle: «Madre, entendeme lo que vos quiero decir: todos estos que vos aquí védes non son nada para tan gran fecho; que están muertos de hambre é hinchados por la gran laceria que han levado, que non comieron sino como bestias que pacen por los campos, é veinte destos non se combatirían con un hombre récio, aunque fuese villano.» Dijo entonces la Reina: «Uno destos ha aquí que mató ayer un pedrero con un martillo, porque los aquejaba que labrasen; yo creo que este es hombre de gran esfuerzo.» Entonces le dijo Corvalan: «Buena dueña, ¿cuál es este que vos decides?» Respondióle ella: «Aquel que está allí; é si non fuese porque tiene perdida la color por los fierros é por las prisiones fuertes é grandes, parecería muy fermoso, é ardid é esforzado para todo gran fecho.»

CAPITULO CCXXIII.

Cómo Corvalan fizo quitar las prisiones á Ricarte de Caumont é á sus compañeros, é de cómo le él dijo que si quisiese tomar aquel fecho sobre sí, que los ahorrraria.

Cuando esto oyó decir Corvalan á la Reina, su madre, llamó entonces á Ricarte, é hízole quitar las cadenas, é el collar de fierro con ellas, é hízole asentar cerca de sí, é preguntóle que cómo le llamaban, é él dijole que Ricarte de Caumont, é que quería ir al sepulcro de Hierusalen él é aquellos otros sus compañeros que allí veía, é que eran de la hueste de Pedro el Ermitaño, é que los cativaran cabe el poyo de Cevicot, é que los trajieran presos á la su prision, é que le había él hecho mucho servicio á él é á los suyos en segar yerbas é traer piedras é cal é arena, é que sufrían muchas cuitas é recibían muchas feridas de palos é de azotes é aun de agujones; así que, no quedara en él miembro sano, é agora veía su juicio de lo que él quiere hacer; é sabia bien que él é todos los que con él eran recibirían muerte, é que la querían rescibir en paz por amor de Dios, que sufriera por ellos muerte é pasión, é que non descreería uno dellos, ante se dejarían quemar é

tornar carbones. Dijo Corvalan: «Amigo, non temas nin te quejes, ca non te quiero para eso, mas decirte he mi hacienda. Yo fui á Antiocha con el ayuda del Soldan, que enviaba á la hueste de los cristianos que eran sobre Antiocha, é levamos yo é el rey Religion setecientos é cuarenta mil hombres á caballo, sin los peones, que eran tantos, que non habían cuenta; é fallamos esforzados los cristianos, como hombres de gran seso é de gran poder é sabidores de guerra; é salieron á nos muy acabdillados Ruberte de Normandía, é Rubert el Frison, é Tomás de la Feria, é don Remon de San Gil, é otros muchos altos hombres, que los non sabia nombrar si no fuesen por escripto; é desbarataron nuestra gente, é yo escapé é guarescí por piés de caballo, é fallé al Soldan muy bravo é muy sañado, é contéle las nuevas de cómo acaesciera, de que me arrepentí despues, ca me quiso ferir con un dardo, no mereciendo yo por qué; é por salvarme de lo que me decia hobe de aplazar batalla, que quisiese ó que no, é que buscaría yo un cristiano que me salvase, por razon que me repló de traicion que trajera yo á su gente; é esto en tal manera: que lidie aquel cristiano con dos turcos, é si el cristiano solo venciere á los dos turcos, que yo sea quitto; é si tú quisieres tomar este fecho sobre tí, tú serás quitto é tus compañeros, é facer vos he yo levar en salvo á Hierusalen, do vos ibades en vuestra romería.» Dijo Ricarte: «Señor, eso fué gran yerro, ca por bueno se debe tener el caballero que sobre caballo se puede librar en salvo de otro; mas, si vos pluguiere, consejar me he antes con estos otros que están cativos conmigo, que non querria comenzar cosa que fuese sin razon ni de que me pudiesen reptar ni trabar en ello.» Corvalan tomó por bien, é mandó entonces Corvalan que sacasen de los fierros é de las cadenas á todos aquellos cativos; é pasó aquel dia é vino la noche, é hobieron tan gran miedo de morir, que non pudieron dormir en toda aquella noche. Mas Ricarte, que estaba con ellos, descubrioles todo el secreto, é contógelo así como Corvalan lo había dicho á él, diciendo: «Corvalan tiene de meter en campo á un cristiano amigo de Dios, que se combata con dos turcos, é quiere que haga yo aquesta batalla, é demándovos consejo sobre tal fecho que debo facer, ca si yo esto puedo librar, Corvalan me ha prometido é me juró que todos serémos libres é quitos, é sobre esto, que nos daría gran riqueza é que nos faria levar en salvo fasta tierra de Hierusalen.» Cuando los cativos oyeron esta razon, hobieron muy grande alegría, é dijieron todos á una voz: «Ricarte, faz esta batalla, ca Dios nos fará merced é será contigo, é bendito sea el padre que te engendró, é bendita la madre que te concebió é te crió á la su leche.» A esto respondió el conde Arbin (1) de Beorges é dijo: «Ricarte, fijo de buen padre, miembresete de tantos dias que habemos ya estado en estas prisiones, é tantas feridas de que somos todos muy mal trechos é quebrantados; por Dios te rogamos que fagas tú esta batalla, cabien te juro por el Señor del mundo que, si non fuese porque eres tú tan bueno é porque fuiste llamado primero á este fecho, que non haria otro la batalla sino yo.» Allí respondió estonce Ricarte muy

(1) Léase Harpin, aunque el autor le llama indistintamente Arbin, Arbin y Harpin. Véanse las páginas 16 y 300.

homilmente é dijo: «Señor Conde, si Dios quisiere, é la virgen santa María, madre de nuestro Señor Jesucristo, yo la quiero facer esta batalla é la faré, é bien fio que por la virtud del que todo el mundo salvó, que querrá haber merced de nos.» Despues que pasó aquella noche, otro dia en la mañana vino Corvalan con su madre á Ricarte, é preguntóle si se había aconsejado de facer la batalla. É Ricarte respondióle luego que él la quería facer, con la merced de Dios, ca bien se atrevía á defender de dos turcos é librar á él é á su tierra, según pusiera con el Soldan. Cuando esto oyó Corvalan, hobo muy gran alegría, é fuéle á besar tres veces en la cabeza, é tomó el su manto é cubriólo con él, é Ricarte dió luego el manto al conde Harpin. E la Reina, madre de Corvalan, tomó entonces el su manto é púsolo á Ricarte al cuello, é Ricarte diólo á don Juan Dalis, é dijo á Corvalan que él non cubriría manto en Peña Vera nin gris, ni en otra ninguna manera, hasta que cada uno de sus compañeros hobiese cada uno el suyo, como él. Entonces llamó el Rey á un su camarero, é mandóle que trajese tantos paños precitados cuantos cumpliesen á todos aquellos cativos, é fué hecho luego así é cumplido como el Rey mandó; é antes de mediodía fueron luego para ellos manjares aderezados para comer. E despues que el Rey hobo lavado sus manos, mandó á Ricarte que se asentase á par dél, mas Ricarte non lo quiso facer, antes le dijo: «Si Dios quisiere, non me asentaré yo á par del Rey, que non me conviene; mas asentarme he cerca de mis compañeros é habré mis razones con ellos, aquellas que Dios quisiere, sobre lo que he de facer.» E entonces mandó Corvalan que diesen á Ricarte quanto hobiese menester para él é para sus compañeros. E esto ordenado de aquella manera, el Rey Corvalan fué asentar en un estrado muy noble, como de rey, é Ricarte fué asentar de la otra parte con sus compañeros. E entonces vino Halabra, madre de Corvalan, vestida de un paño muy extraño é muy preciado, que decían en aquella tierra diaspre, labrado con oro muy ricamente, é traía en su mano una vara muy fermosa, é encima della una manzana de oro, é andaba del un cabo al otro de la mesa de los cativos, parando mientes non les faltase ninguna cosa de quanto menester hobiesen; é fueron aquel dia muy bien servidos de pan é de vino é de carnes adobadas de muchas maneras, é todo lo que les fué necesario. E el conde Harpin é Ricarte comían muy de récio é mucho apuestamente, é bebían otrosí, como aquellos que lo habían menester, é los otros sus compañeros facían eso mesmo, cada uno en su manera, é así comieron aquel dia. Despues que los cativos hobieron comido á su sabor, como es dicho, fueron todos vestidos de nuevo muy apuestamente, é toviéronlos muy viciosos bien quince días; é despues desto hizo Corvalan traer un caballo muy preciado, é tomólo él por la rienda é diólo á Ricarte; é dijole entonces el conde Harpin que cabalgase en él é que le arremetiese, é probase si le había quedado alguna cosa de su fuerza, é que se membrase del linaje donde venía é de la tierra donde se partiera, que Dios, por su piedad, los dejase tornar á ella é ver sus parientes é sus amigos, que ellos deseaban; é entre tanto llamó Corvalan á Ricarte é dijole así: «A mí me hacen entender